

Aur. Oye: al impulso
De una curiosidad impertinente,
O de otro sentimiento inexplicable
Que en mí se agita y que en mi alma enciende
La misteriosa luz de una esperanza
Lejana, incierta, misteriosa, débil,
Cedí, señor, y en la callada noche
Mi lecho abandoné... porque á mi mente
Mil visiones de amor se amontonaron
En confuso tropel, puras y alegres
Como las olas que la mar en calma
Sobre sus lomos incansable mece:
Como las aves que en el árbol saltan
Trinando al son de la escondida fuente.

Gab. Prosigue, Aurora.

Aur. Abandoné mi lecho,
Y al tuyo me acerqué, como quien teme
Ser sorprendido en criminal intento
Por un extraño que á su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé y mi labio
Un ósculo filial puso en tu frente.
¿Me eyes, Gabriel?

Gab. Prosigue, Aurora mía,
Tu voz la voz de un ángel me parece.

Aur. Al contacto sutil del labio mío
Sonreíste, señor; y tu voz débil
Oí que el nombre mío murmuraba
Entre esos ayes con que el mal ávierte
De una pasión, el que vivió en el mundo
Secretos hondos ocultando siempre;
Y entonces supe por la lengua misma
Que hablar en sueños indiscreta suele,
Que si es la tuya misterioso arcano,
Espesa sombra mi existencia envuelve

Gab. ¿Y entonces?

Aur. Me aparté ruborizada
De quien mi padre no es: sentí mas fuerte
Latir mi corazón: sentí otra sangre
Circular por mis venas mas ardiente:
Sentí en presencia del mayor cariño
Mi cariño filial desvanecerse,
Y al apartarme de tu lecho trémula
Un ósculo de amor grabé en tu frente.

Gab. No lo digas jamás, Aurora mía.
Jamás á nadie tu pasión reveles:
Quema los labios que en mi frente seca
Pusiste: quema el corazón rebelde
Que el cariño filial de sí arrojando,
Dió á mi cariño en su lugar albergue.

Aur. Es ya tarde, Gabriel: mi amor es hijo
De tu callado amor.

Gab. Tú lo mereces:
Tú eres la sola flor que brotar hizo
En mi camino Dios... Dios que al ponerme
Sobre la tierra me alfombró de espinas
La senda que mis pies recorrer deben;
Pero yo no merezco tu amor santo:
Yo soy un árbol cuyo tronco estéril
Despojado de vida por el rayo
Ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

Aur. No, no: tú eres un árbol cuya sombra
Cobijó mi niñez: cuyo ámbar bebe
Mi pobre corazón de quien tú solo

Sombra, delicia y alimento eres.
Dios me entregó á tus brazos en mi infancia,
Porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
Brotase, para encanto de tu vida,
De esta pasión correspondida el germen.

Gab. Tienes razón, Aurora, reconozco
En tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razón, Aurora, Dios del cielo
Te envía... un ángel de los cielos eres.

Aur. Escúchame Gabriel.

Gab. Habla.

Aur. En el nombre
De esa pasión que en nuestras almas hierve
Desaparezcan hoy esos misterios
Que nuestras dos historias oscurecen.

Gab. Imposible.

Aur. No temas que me espante
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote,
De haberte amado nunca.

Gab. Es imposible.

Aur. Habla. Dime quién soy: dime quién eres.
Si eres villano y en tus venas viles
La sangre impura y maldecida tienes
De raza hebrea ó de morisca tribu,
Yo te amaré, Gabriel: si reales puedes
Ostentar de tu estirpe en el escudo
Coronados y espléndidos cuarteles,
Yo te amaré, Gabriel: si eres acaso
Criminal fugitivo y por mí temes
De un patíbulo infame la deshonra,
Yo te amaré, Gabriel: llama si quieres
A un sacerdote y que con lazo eterno
Anude nuestras almas; y no pienses
Que el deshonor de criminal memoria
Me humille: te amo con amor tan fuerte
Que oraré mientras viva en tu sepulcro
Orgullosa del nombre que me dejes.

Gab. ¡Calla, Aurora, deliras!

Aur. Un momento
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso
Cogido al fin entre sus propias redes,
Huyamos: tienes ocasión y tiempo:
Sí, nuestra fuga el capitán protege,
Huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
Arrastrando á remoto continente.

Gab. ¡Aurora!

Aur. Hoy á la cárcel de Medina
Rayando el alba trasladarnos deben,
Y el capitán que en nuestra guarda parte..

Gab. Silencio, Aurora, ¿Deshonrarle quieres
Para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
Cuando en su guarda el infeliz me lleve
Morirá en mi lugar y que al fugarme
¿Me doy por criminal siendo inocente?
Yo no huiré jamás: ni sé, ni quiero,
Ni nací para huir: ya muchas veces
La he visto cara á cara, y en el pecho
No por la espalda me herirá la muerte.

Aur. Hiéranos á los dos un mismo golpe.

Gab. Tú no debes morir: aun que hacer tienes
Sobre la tierra.

Aur. ¿Qué, sin tí?

Gab. Llorarme.

Aur. ¿Me lo mandas?

Gab. Yo no, Dios: obedece.
Dios me pone en los labios un candado,
No le intentes romper. Pura, inocente,
Noble eres tú: si á deshonrada tumba
Mi silencio me lleva, Dios lo quiere.
Inclina, Aurora, la cabeza humilde
Bajo la voluntad omnipotente,
Y ora en mi tumba sin vergüenza, Aurora:
Mártir me quiere Dios, y obedecerle
Es fuerza: vive: y si te dice el mundo
Que he sido un impostor, el mundo miente.
Yo no he dicho jamás que era el que buscan
Y á morir me enviarán sin conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
Mientras los hombres libertad te dejen;
Y si te culpan como á mí, en silencio
Digna siempre de mí como yo muere.

Aur. ¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,
Gabriel: digna de tí quiero ser siempre.

ESCENA XII.

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CESAR, DESPUES
DON RODRIGO.

Cesar. Don Rodrigo sube.

Gab. (á don Cesar). Oíd
Antes. Si en algo apreciáis
A Aurora, ved como enviaís
Ese papel á Madrid.

(Gabriel da una carta á don Cesar que la toma rápidamente).

Cesar. Sabeis que mi fé la aprecia
En mas que mi mismo honor.
Yo le llevaré.

Gab. Al señor
Embajador de Venecia.

ESCENA XIII.

DICHOS, UN ALGUACIL, DESPUES DON RODRIGO.

Alg. (entrando.) Su señoría.

Gab. Aguardamos
Sus ordenes.

Rod. [entrando.] Os espera
Allá abajo una litera,
Señor Gabriel.

[Gabriel tomando de la mano á doña Aurora y dirigiéndose á la puerta, dice:]

Gab. Pues partamos

Rod. ¿Ni inquirís á donde vais
Ni tomáis vuestro equipaje?

Gab. Vos que disponeis mi viaje.
Sabreis como me llevais.

Rod. Conmigo.

Gab. Pues ya tardamos.

Rod. Vuestros cofres van con sellos.

Gab. Haced lo que os plazca de ellos.

Rod. Pues cuando gustéis.

Gab. Pues vamos.

[Vanse: delante Gabriel con doña Aurora, luego don Rodrigo y don Cesar.]

ACTO TERCERO.

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal, decoracion ochavada; puerta en el fondo, balcon á la derecha, al mismo lado en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel, puertas á la izquierda de otros calabozos, mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA I.

DON RODRIGO Y EL ESCRIBANO, SENTADOS A LA MESA. GABRIEL AL OTRO LADO EN UN SILLON RECLINADO TRANQUILAMENTE, Y COMO AGENO A LO QUE PASA A SU REDEDOR.

Escrib. Señor, no duerme.

Rod. ¿Y qué mal
Hallais en que esté despierto?

Escrib. Que escucha.

Rod. Es un hombre muerto;
Que escuche ó no ya es igual.
Seguid leyendo.

Escrib. (Tomando un papel de la mesa). Un oficio
Del doctor don Juan de Llanos.

Rod. ¿Qué dice?

Escrib. Que siendo vanos
Interrogatorio y juicio,
Mandó dar á fray Miguel
El dia cinco tormento.

Rod. ¿Y qué dijo?

Escrib. Que era invento
Suyo lo de que Gabriel
Fuese el rey de Portugal,
Y que le movió á este engaño
El intento de hacer daño
Al rey Don Felipe.

Rod. Mal
Salió. Leed.

Escrib. (Otro papel). Peticion
De la nominada Aurora.

Rod. ¿Y qué pide esa señora?

Escrib. Ver á su padre.

Rod. Ocasion
Llegará de que le vea
Cuando esté ya confirmada
Su sentencia, y no haya nada
Que temer de que así sea.

Escrib. (Otro papel). Novena solicitud
Del preso llamado Arbués.

Rod. ¿Qué solicita?

Escrib. Que pues
Vivirá poco, en virtud
De haberle dado tormento,
Se quisiera despedir
De su amo antes de morir.

Rod. No ha lugar hasta el momento,
De la real confirmacion
De su sentencia, si vive.

Escrib. (Otro papel). Una carta que os escribe
Un anónimo.

Rod. Cuestion
Diaria,—amenazas, fieros
Contra mí y contra los jueces:
Juramentos y sandeces

De rebeldes ó embusteros.
Adelante.
Escrib. (Una carta). Para el juez
Don Rodrigo Santillana:
Carta, que hoy por la mañana
Llegó de Madrid.
Rod. ¡Pardiez!
Y así os estábais con ella?
Dadme acá.
Escrib. Tomad, señor.
Rod. De César. (Leyendo.) "Del portador
Mañana sobre la huella
Partiré; media jornada
Ante mí llegará á esa:
Ni puedo darne mas priesa,
Ni hasta hoy el rey hizo nada."
¡Gracias á Dios que tocamos
En el fin de ese proceso!
Llevaos vos todo eso,
Escribano.
Escrib. Os esperamos?
Rod. Afuera; y si algun correo
De la corte de Madrid
Llega, que suba, decid
Al punto.
Escrib. Está bien. (Váse el Escribano.)

ESCENA II.

GABRIEL, DON RODRIGO.

Rod. (Ap.) Deseo
Salir de este laberinto
De una vez y de ese hombre
A quien no hay nada que asombre.
Me repugna por instinto,
Su faz sombría, su calma
Imperturbable, su irónica
Conversacion, su sardónica
Sonrisa eterna, en el alma
Me infunden honda inquietud,
No me acusa la conciencia
De nada: dí la sentencia
Con severa rectitud,
Conforme á ley; mas presiento
Que hay en todo esto un arcano
Que sondar pretendo en vano
Y deja sin complemento
La obra de la justicia.
Exhala ese hombre satánico
No sé qué de frio y pánico....
Creo que me maleficia.
En fin, poco resta ya.
Si el rey la sentencia envía
Firmada, el último día,
Es hoy que calor le da.
Dormis, señor Espinosa?
Gab. Casi, casi, señor juez.
Rod. Cansado estais?
Gab. Psé!
Rod. ¡Tal vez
Sufris dolor?
Gab. Poca cosa.

Rod. Aquí estareis menos mal
Que en la torre.
Gab. Así, así.
Rod. Que apreciarais mas creí
Mi caridad.
Gab. Me es igual.
Rod. ¡Tal vez me guardais rencor
Por la cuestion?
Gab. ¡Brava pena
Por Dios!
Rod. La prueba fué buena.
Gab. Pudo haber sido mejor.
Rod. Confieso que fué cruel
El tormento.
Gab. Pero inútil.
Rod. Lo creéis prueba tan fútil?
Gab. Ya lo veis?
Rod. Volver á él
Podemos aun.
Gab. Volviérais
A ver lo que vísteis ya.
Rod. La segunda vez quizá
Vuestro silencio rompiérais.
Gab. Sería inútil fatiga;
Y ahora que hablamos de esto,
De hoy para entonces protesto
Contra todo cuanto diga;
Y ya podeis calcular
Que si en negar doy despues
Lo dicho, el tormento es
Cuento de nunca acabar.
Rod. ¡Por Dios que sois hombre fuerte
Y gastais bizarro humor!
Gab. Soy terco y sufro el dolor;
Soldado soy, y á la muerte
Voy como iba á la pelea:
Mas despacio ó mas aprisa;
Hallarla es cosa precisa
Mas temerla es cosa fea.
Rod. Vuestra fortaleza envidia:
Mas noto en vos há un momento
Tristeza y decaimiento.
¡Qué teneis?
Gab. Que me fastidio.
Rod. ¡Que os fastidiais!
Gab. ¡Sí, á fé mia!
Tres meses há que aquí estoy
Y lo mismo hacemos hoy
Que hicimos el primer día.
"Traed ante mí á Gabriel."
Vuelta vos á preguntar,
Vuelta yo á no contestar.
"Al calabozo con él."
Vuelve á amanecer el día.
Y vuelta á sacar al preso,
Y vuelta á leer el proceso,
Y vuelta á nuestra porfía.
"Hablad, señor Espinosa."
"No quiero, señor alcalde."
"Que habeis de hablar.—Que es en balde."
Y siempre la misma cosa.
No hubo mas que la semana
En que me disteis tormento

Que variara—y ya me siento
Casi bueno, Santillana.
Rod. Me amedrenta, ¡vive Dios!
Vuestra eterna sangre fria.
Gab. Tambien me amedrentaria
A mí si fuera que vos.
Rod. Vuestra osada impavidez
Cada dia toma creces.
Gab. Sí; parecemos á veces
El reo vos y yo el juez.
Rod. Es que á veces hallo en vos
Un misterio que me espanta.
Gab. Es que tal vez se levanta
Tras mí la sombra de Dios. [Pausa.]
Rod. Yo creo, señor Gabriel,
Que no es Dios, es Satanás
Quien de vos está detrás,
Y os dejais llevar por él.
¡A qué hombre de sano seso
No hartarán vuestras pesadas
Continuas baladronadas
Que llenan vuestro proceso?
¡Qué son, pues, vuestras preñeces
Y siniestras reticencias?
Gab. Tembladlas, si son sentencias:
Reidlas, si son sandeces.
Rod. Pues bien, hablad de una vez:
Si ese secreto fatal
Ecsiste en vos, haceis mal
De ocultarlo á vuestro juez.
Si sois quien juzgan, decid:
"Yo soy".... probadlo y mañana....
Gab. [variando de tono]. ¡Cuándo vendrá Santi-
llana,
El capitán, de Madrid?
Rod. Hoy mismo.
Gab. ¡Gallardo mozo!
¡Le quereis mucho?
Rod. Pues no,
Si es mi hijo.
Gab. Tambien yo
Le quiero bien, y me gozo
Con su vista. ¡No teneis
Mas hijos que él?
Rod. Nada mas.
Gab. ¡Ni los tuvisteis jamas?
Rod. Las preguntas que me haceis
Espinosa.....
Gab. Son sencillas.
Rod. No sé qué se me figura
Que hay en ellas....
Gab. ¡Por ventura
Os pregunto maravillas?
Teneis un hijo mancebo
Y si hubisteis os pregunto
Mas que él: no hay en el asunto
De mí cuestion nada nuevo.
Rod. ¡Jamás podré conseguir
Arrancar de vuestra faz
Ese sarcasmo tenaz!
¡Qué me teneis que decir?
¡Acabemos, Espinosa:
Esa burlona altivez

Que escita en mí alguna vez
Una duda misteriosa.
¡Qué significa? ¡parece
Que no os habeis convencido
De que juzgado habeis sido,
De que ya no os pertenece
Vuestra acotada ecsistencia,
Y de que segun la ley
No falta sino que el rey
Confirme vuestra sentencia?
¡Parece que en vuestro pecho
Hay una firme esperanza
Que os da audacia y confianza
Contra esa ley!

Gab. Es un hecho.
Rod. ¡Creis que no firmará
El rey?
Gab. Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.
¡Le habeis vos escrito ya
Que pido verle?
Rod. Y respuesta
Aguardo, ¡mas si apelais
Al rey en vano?
Gab. Me ahorcais,
Y se concluyó la fiesta.
[D. Rodrigo mira á Gabriel con asombro: Gabriel
permanece sereno.]
Rod. Sospéchome que estais loco.
Gab. Tal vez.
Rod. Aunque mas bien creo
Que es otro vuestro deseo.
Gab. ¡Cuál creis?
Rod. Ir poco á poco
Dilatando la sentencia,
Dando á entender que aun hay mas
Que esperar de vos.
Gab. Quizás.
Rod. Pues os protesto en conciencia
Que hoy tendrá fin vuestro afán:
Si el rey no manda otra cosa
Morís hoy por Espinosa,
O por rey don Sebastian.
Basta ya de dilaciones,
Harto estoy de toleraros:
Y me es ya en mengua trataros
Con tales contemplaciones.
Vos sois un villano artero,
Un taimado embaucador,
Que esperais suerte mejor
Dándoos por un caballero.
¡Un necio! que aguarda en vano
Negándose á confesar,
Que nunca le han de matar
Como á un infame pagano
Sin confesion: mas caeis
En un miserable error:
Si no quereis confesor
Sin confesion morireis.
Y no teneis que cansaros:
No me habeis de aventajar:
Si os obstinais en callar
Yo me obstinaré en ahorcaros.

Ahora os reis?
Gab. [riéndose]. Sí, por Dios!
 Y no he muerto ya de hastío
 Porque como ahora me rio
 Mil veces.
Rod. ¿De qué?
Gab. De vos.
Rod. ¿De mí? en vuestra audacia loca
 Os olvidais á mi ver
 Que os puedo mandar poner
 Una mordaza en la boca.
Gab. Verme mudo os diera pena;
 De que es estoy persuadido
 Mi voz para vuestro oído
 El cantar de la sirena.
 ¡Mordaza! de vuestros fieros
 A pesar, si lo procuro
 De veras, estoy seguro,
 Señor juez, de adormeceros.
 Ya me parece ¡pardiez!
 Que comenzais á turbaros
 Y no he hecho mas que miraros.
 Os voy á decir, buen juez,
 Lo que pasa en vuestro pecho:
 A fuerza de ir y volver
 Sobre quien soy, de mi ser
 Un fantasma os habeis hecho.
 Sér superior me imagina
 Vuestra razon escaltada,
 Y mi voz y mi mirada
 Os deslumbra y os fascina.
 Todo se os vuelven antojos:
 Si os miro fijo á la cara,
 Os turbais como si echara
 Fuego ó sangre por los ojos.
 Si en paz llevando mi suerte
 Alejo de mí el pesar,
 Creéis que voy á evitar
 Con algun filtro la muerte.
 Si de vuestros hijos hablo
 Y por ellos os pregunto,
 No parece sino asunto
 De vendérselos al diablo.
 Si levanto un poco mas
 Estando solos la voz,
 Cual de una bestia feroz
 Temeis, y os echais atrás.
 Y si al hablarme con saña
 Vos, os hablo con violencia,
 Os doblais en mi presencia
 Como ante el viento la caña.
 Tan hondo y siniestro influjo
 He adquirido sobre vos
 Que, ¡no os lo demande Dios!
 Me estais suponiendo brujo.
 No parece Santillana
 Sino que sabeis que puedo
 Haceros temblar de miedo
 Cuando me diere la gana,
 ¡Y no es verdad, D. Rodrigo,
 No es verdad que mi semblante
 Os está siempre delante;
 Que andais, que soñais conmigo?

¿No es verdad que se os alcanza
 Que tendrá alguna razon
 Al mostrar mi corazón
 Tan osada confianza?
 ¡No es verdad que todo cabe
 En hombres y que tal vez
 En vuestra vida de juez
 Hay algun secreto grave
 Que creéis hundido vos
 En la eternidad oscura,
 Y que teméis por ventura
 Que me lo revele Dios?
 ¡No es verdad que cuando á solas
 Hablo, con vos, D. Rodrigo,
 Va vuestra alma en lo que os digo
 Como nave entre las olas,
 Esperando de un momento
 A otro verse sumergida
 Por la mar embravecida
 De mi airado pensamiento?
 ¡No es verdad que habeis cruzado
 Una vez el Portugal,
 Y cerca de Setubal
 En mitad de un despoblado
 Un monasterio habeis visto,
 Cuya sagrada vivienda
 Fue teatro de una horrenda
 Profanacion?
Rod. ¡Jesucristo!
Gab. ¿No es verdad que cuando clavo
 Mis ojos en vuestro rostro
 Os hielo el alma y os postro
 A mis piés como un esclavo?
 De rodillas, Santillana:
 Vuestra vida está en la mia:
 Vivireis mas que yo un dia;
 Si yo muero hoy, vos mañana.
Rod. ¡Dios me valga! (D. Rodrigo se arrodilla.)
Gab. ¡Calla! ¡y vos
 Lo tomais como os lo digo?
 Si esto es farsa, don Rodrigo;
 Serenaos, ¡vive Dios!
Rod. ¡Conque es decir...?
Gab. Que divierto
 Mi fastidio, Santillana.
Rod. (furioso.) No hareis lo mismo mañana.
Gab. (con calma.) Ahorcándome hoy, no por cierto.

ESCENA III.

DICHOS, EL ALGUACIL.

Alg. Su merced el capitan
 Santillana.
Gab. Qué nos cae
 Del cielo.
Rod. Y que el fallo trae
 Del rey.
Gab. Fin de nuestro afan.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, GABRIEL, DON CESAR.

Rod. ¿Traes tú los despachos?

Cesar. Sí.
 ¿Mas qué teneis padre?
Rod. Nada.
 ¿Traes la sentencia aprobada?
Cesar. Sí.
Rod. ¿Dónde está?
Cesar (dándole un papel.) Vedla aquí.
Don Rodrigo toma, abre y lee el pliego que le da don Cesar, y dice llamando:
Rod. ¡Ola! (Entran algunos alguaciles y el escribano.)
 Cúmplase la ley.
 Avisad al confesor
 Y al verdugo ejecutor
 De las justicias del rey.
 Escribano, evacua vos,
 La postrera diligencia:
 Intimidadle la sentencia,
 Y que se encomiende á Dios.
Cesar. Señor...
Rod. ¡Silencio! Leed.
Escrib. (empezando á leer.) Vista y fallada...
Rod. (interrumpiéndole.) Adelante:
 La aprobacion es bastante;
 Fórmulas á un lado, haced.

(Escribano leyendo.) "Y en atencion á que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes á la persona de nuestro difunto sobrino don Sebastian, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisicion y posesion: y en atencion á que el marques de Tavora y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey don Sebastian: y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraido empréstitos y armado gentes para concitar á la rebelion á los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él el mismo rey don Sebastian, antes ha contribuido á hacer creer á los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamas quién sea en realidad, dándose ya por una persona ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores que, á su parecer, pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de don Sebastian se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el cuerpo de dicho rey fué por nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de Africa al monasterio de Belen, donde yace sepultado: aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor, infame, traidor á su rey, y usurpador del nombre del rey don Sebastian. Por cuyas razones le condenamos á ser arrastrado, ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza á una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.—Yo, el rey."

Gab. [con ira.] ¡Traidor yo, impostor, infame?
 ¿Muerte á mí con tal afrenta?
 Que Dios me la tome en cuenta
 [serenándose.]
 Cuando á su juicio me llame.
 [Al Escribano.] ¿Teneisme mas que leer?
Escrib. Nada mas.
Gab. Pues despachemos
 Y tiempo no malgastemos.
 Sea lo que haya de ser.
Cesar. ¡Indomable corazón!
Rod. ¡Incomprensible fiereza!
 Ni aun inclinó la cabeza
 Para oír la intimacion.)
Gab. Alcalde, estais demudado,
 Trémulo... por vida mia!
 Cualquiera imaginaria
 Que erais vos el sentenciado.
Rod. [airado.] Pronto lo viera. Teneis
 De vida tres cuartos de hora.
Gab. Son las cinco y cuarto ahora.
Rod. Encerradle.
Gab. [á D. Rodrigo.] Hasta las seis.
Rod. Despejad.
 [Llevan á Gabriel á su encierro y vánse el Escribano y los alguaciles por el fondo.]

ESCENA V.

DON RODRIGO, DON CESAR.

Cesar. ¿Padre, qué es esto?
Rod. Que es fuerza que ese hombre muera.
Cesar. Dadle un dia.
Rod. Ni siquiera
 Una hora.
Cesar. Que dispuesto
 Muera al menos cual cristiano
Rod. Muera, y sea como fuere.
Cesar. ¡Sin confesion!
Rod. No la quiere,
 Es un hereje: un pagano.
Cesar. Padre, estais ciego de ira.
Rod. Ira es lo que aparento,
 Ira, César; pero miento,
 Es terror lo que me inspira
 Ese hombre de Satanás.
 Y yo ¡imbécil! que le daba
 Tormento porque no hablaba;
 No, no; que no hable jamas.
 Que le lleven al cadalso
 Con una mordaza puesta:
 Que no hable con nadie; en esta
 Hora cuanto diga es falso.
Cesar. Padre; sospecho, ¡ay de mí
 Que se os desvanece el juicio.
Rod. Es obra de un maleficio.
Cesar. ¿Os maleficiaron?
Rod. Sí.
Cesar. ¡Supersticion!
Rod. Ya lo ves:
 Gabriel me malefició,
 Y él ha de morir ó yo.

Ya firmó el rey: muera pues.
Cesar. ¡Padre!
Rod. ¡César... hijo mio!
Cesar. ¡Estais delirando!
Rod. ¡Alguno Me escuchó acaso?
Cesar. Ninguno.
Rod. [De mí propio desconfío.]
Cesar. Padre, algun mal os acosa:
 Temblais... estais demudado.
Rod. Algun vértigo, he velado
 Tantas noches de Espinosa
 Con el proceso maldito,
 Me ha dado tanto que hacer,
 Que en mí no estoy hasta ver
 Que de en medio me le quito.
 Mas no fué nada: pasó
 Ya, Cesar. Véamos pues,
 Los despachos de la corte.
Cesar. Tomad, aquí los teneis.
Rod. Esta es la consulta mia,
 Esta la aprobacion del
 Consejo: esta la carta
 De su majestad el rey,
 ¡Y este otro pliego sellado
 De quién es?
Cesar. Yo no lo sé:
 Me fué entregado en palacio
 Con todos ellos.
Rod. ¡Por quién?
Cesar. Por el rey mismo.
Rod. A ver: ábrele.
Cesar. Una real órden.
Rod. Pues lee.
 (Don Cesar leyendo).—En nombre del rey.—
 Por la presente, pondreis en libertad en la hora
 en que la recibiereis, y sobreseyendo en su causa, si
 hubiereis procedido á formarla contra ella, á doña
 Aurora Espinosa, detenida y á vuestras órdenes
 en la cárcel de Madrigal: dejando disponer libremente
 de sí misma á dicha doña Aurora, como fuere su
 voluntad.—Madrid, etc.—A don Rodrigo de Santillana.
Rod. ¡En libertad? No comprendo
 Tal órden del rey.
Cesar. Y está
 Bien terminante.
Rod. Y será
 Cumplida. Sigue leyendo.
Cesar. Otro pliego para mí.
Rod. Rompe la neima y aparta
 La cubierta. ¡Qué hay?
Cesar. Aquí
 Viene un papel y otra carta.
Rod. Lee.
Cesar. Dice el papel así:
 (Lee)—En nombre del rey.—Otorgamos licencia
 para dejar el servicio de S. M. temporal ó abso-
 lutamente como mas le conviniere, al capitán
 del primer tercio de Flandes don Cesar de Santillana.
Rod. ¡Y para qué?

Cesar. ¡Qué se yo?
Rod. ¡Tú no la has podido?
Cesar. No.
Rod. Sigue. (Qué es esto, ¡ay de mí!)
 (Don Cesar lee). Y ordenamos al dicho capi-
 tán don Cesar, por ser así del agrado de S. M. con-
 ducir con todo honor, y escoltar con toda seguri-
 dad durante su viaje por tierras de sus dominios y
 mares guardados por su real marina, á doña Auro-
 ra de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en es-
 tados de Venecia, por cuyo embajador ha sido re-
 clamada, como hija adoptiva de la República Se-
 renísima.
Rod. ¡Ira de Dios! Todo ahora
 Lo comprendo.
Cesar. ¡Qué es señor
 Lo que comprendéis?
Rod. Tu amor
 ¡Desventurado! á esa Aurora.
Cesar. Es cierto; un amor profundo;
 Mas no os traiga con cuidado,
 Que es el mas desesperado
 Que hubo jamas en el mundo.
Rod. ¡Lo ves? ¡Ah! tambien á tí
 Te han maleficiado; pero
 Responde, Cesar: yo quiero
 Saberlo ya todo; di.
 Tú con ella en connivencia,
 Huir con seguridad
 Queriendo, su libertad
 Conseguiste y tu licencia?
Cesar. No, á fé mia.
Rod. Si, arrastrado
 Por sus sortilegios has
 Trabajado en contra mia
 Con temeridad impia
 Y en favor suyo.
Cesar. Jamas.
 Que tuve siempre confieso
 Simpatía misteriosa
 E interés por Espinosa,
 Pero no obré en su proceso.
 Amé á Aurora, la amo aún;
 Mas mi pasion despechada
 Es imposible y no hay nada
 Entre los dos de comun.
 Mientras viva la amaré:
 Pero este amor solitario
 De mi pecho en el santuario
 Solo yo conservaré.
Rod. Otro misterio!
Cesar. Tremendo
 Sin duda, padre: mas puede
 Conmigo, y mi brio cede
 A su poder.
Rod. No lo entiendo.
Cesar. Ni yo sé decir mas de él,
 Sino que Aurora, señor,
 No nació para mi amor.
Rod. Quién te ha dicho eso?
Cesar. Gabriel.
Rod. Infeliz! es su manceba.

Cesar. Quien tal os dijo ha mentado,
 Señor.
Rod. Ella misma ha sido.
Cesar. ¡Ella?
Rod. En la primera prueba
 Del tormento.
Cesar. ¡Cielo Santo!
 La habeis puesto en el tormento?
Rod. Es débil y habló al momento.
Cesar. ¡Me paraliza de espanto!
 ¡Qué abismo es éste de males
 Que por do quier nos circunda?
 ¡Qué trama esta tan fecunda
 De misterios!
Rod. Los fatales
 Hilos de esa negra trama
 Tan solo puede romper
 La muerte y hoy ha de ser.
 Que mueran él y su dama.
Cesar. ¡Imposible! mintió.
Rod. ¡Quién?
Cesar. Ella: no puede tampoco
 Ser de Gabriel.
Rod. ¡Quiéres loco
 Volverme?
Cesar. No: sé muy bien
 Lo que digo: esa mujer
 Es prenda de una venganza:
 Solo con esa esperanza
 La conserva en su poder.
Rod. ¡Ella de venganza prenda
 Y en su poder? ¡Dios me asista!
 De este arcano ante mí vista
 Se aclara la sima horrenda.
 ¡Ola!
 (Toca la campanilla y entra un alguacil.)
 En libertad á Aurora
 Poned al punto y aquí
 Traedla. Escucha ¡ay de mí!
 Escucha, César ahora
 Un secreto horrible: ese hombre
 Que no es nada y que lo es todo,
 De quien de saber no hay modo
 Religion, patria, ni nombre:
 Ese hombre á quien nada espanta
 Cuya altivez nadie doma,
 Penitente humilde en Roma,
 Peregrino en tierra santa,
 Soldado en Flandes, marques
 En Madrid, corso en Venecia,
 Que alma y vida menosprecia
 Como al polvo de sus pies:
 A quien no rinde el tormento,
 Y cuyo espíritu fuerte
 Ve á un paso de sí la muerté
 Y se sonrie contento;
 No es criatura, es fantasma;
 No es vivo, es aparicion,
 Quimera, ensueño, vision
 Mas que de terror me pasma.
 Es un hombre de otra edad:
 Un hombre que estando muerto
 Halló su sepulcro abierto

Y huyó de la eternidad
 Mis pasos para seguir:
 Es la sombra de otro sér,
 Que sale á la tierra á ver,
 Nuestra sepultura abrir.
Cesar. ¡Ay de mí! el continuo afan
 Del proceso de Gabriel
 Os hizo concebir de él
 Esas quimeras que están
 Trastornandoos la razon.
Rod. Dices bien... si... no comprendas
 Jamas las causas horribdas
 De mi ruin supersticion.

ESCENA VI.

DON RODRIGO, DON CESAR, DOÑA AURORA.

Aur. ¡Libre...! jamas esperé
 Que nos olvidara Dios:
 Ni de haber fiado en vos (A Don Cesar.)
 Jamas me arrepentiré,
 Pues duda no queda en mí
 De á quien debo, capitán,
 La libertad que me dan,
 Cuando os vuelvo á ver aquí.
Rod. Despeja.—Escuchad Aurora.
Aur. ¡Por qué le mandais salir?
Rod. Porque nadie debe oír
 Nuestras palabras ahora.
Aur. ¡Dios mio! ¡Qué extraño afan
 Os agita? ¡Es por ventura
 Mi libertad impostura?
 ¡Ah! No os vayais, capitán;
 Quiere volverme tal vez
 Al tormento.
Rod. Oid os digo:
 Sois libre, y yo vuestro amigo.
Aur. ¡Cabe entre el reo y el juez
 Amistad? ¡Entre el verdugo
 Y la víctima? Jamas
 Os conoceré por mas
 Que por juez.
Rod. ¡Adios no plugo
 Que fuese de otra manera!
 Mas acaso desde ahora
 Variéis de opinion Aurora.
 (Vuelve á Don Cesar que permanece en pié junto
 á la puerta.)
 ¡Qué esperais vos? idos fuera. (vase D. Cesar.)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, DOÑA AURORA.

Rod. Nada receleis de mí,
 Pobre niña: en libertad
 Estais: vuestra voluntad
 No tendrá ya coto aquí.
 Serenao, pues; oidme,
 Aurora, y por cuanto ameis
 Ruégoos que me contesteis
 La verdad.